



# Rafel Nadal

## Cuando éramos felices



# Cuando éramos felices

Rafel  
Nadal

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1547

Título original: *Quan érem felïços*

© Rafel Nadal, 2012

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© por la traducción del catalán, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-233-6016-1

Depósito legal: B. 13.027-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Una noche en la pastelería

Mi primer recuerdo es que estoy solo de noche en una pastelería; debe de ser por Navidad, porque el mostrador está lleno de turrón de todas clases: de Jijona, de mazapán, de crocante, de Alicante, de chocolate, de crema con azúcar quemado y de crema sin quemar.

Debajo del mostrador hay una vitrina llena de bocaditos de nata, de crema y de trufa, recubiertos de un azúcar que es como un caramelo que se rompe y se deshace cuando te lo pones en la boca. Y brazos de gitano ligeramente quemados por encima, también de crema, de nata o de chocolate. En primera fila de las bandejas de repostería se alinean los *tocinillos* de cielo y los borrachos, y detrás, coquitos, pastelillos de café y de chocolate, rosas de mantequilla, trufas y yemas de huevo, que son como el huevo batido con azúcar que nos hacían mamá y la baba<sup>2</sup> Teresa para cenar. En un lateral de la pastelería están las neveras, repletas de tartas *sacher*, bávaras, *biscuits* y *massini* congelados, con sus tres capas de chocolate, nata y crema con azúcar quemado. Y más bandejas llenas de una especie de bo-

2. Abuela en el habla ampurdanesa y en la ciudad de Gerona.

caditos alargados, que me parece que se llaman petisú, aunque nosotros los llamábamos *palus*.

Como estoy solo puedo coger lo que quiera y comérmelo ahí mismo o llevármelo para comer más tarde. Pero no lo hago. Voy de un lado a otro con los ojos como platos y me quedo embobado en las vitrinas repletas de milhojas de crema, cañas de chocolate, saras y pasteles con capas de bizcocho, mantequilla y mermelada. Y más recipientes con *bisbes*, que son brazos de bizcocho enrollados y rellenos de nata, y bandejas de chuchos de crema, tartas de almendra, triángulos de cabello de ángel y ensaimadas, también de cabello de ángel, todas espolvoreadas de azúcar glas.

Ahora comprendo que tendría que haberme emocionado más en una situación tan extraordinaria, pero no es lo que recuerdo de aquella noche; al contrario, tengo un recuerdo muy tranquilo. Me muevo sin parar de un lado a otro, pero con toda placidez porque, mire donde mire, las estanterías de cristal están a rebosar de dulces riquísimos. Hay cajas de bombones, algunos envueltos en papel dorado, porque son de licor y tienen una cereza confitada dentro. También hay frascos de cristal con tapadera grande de rosca llenos de palmeras de hojaldre, melindres, borregos, empiñonados, cubanos, carquiñoles, lenguas de gato y, a un lado, en una mesa de madera pintada de colores, bolsas de *marron glacé* envueltas en papel de plata y fuentes de fruta confitada, que a mí no me gusta, pero que tiene unos colores muy vivos y llamativos.

Un poco más allá me quedo embobado con el escaparate principal, el que da a la calle, que está abarrotado de chucherías para el *tió*:<sup>3</sup> hay montañas de mone-

3. Tradición navideña catalana en la que un tronco, «ali-

das de chocolate, doradas por fuera, como un pequeño tesoro; cigarrillos, de chocolate también, cerillas de azúcar, cebollas y ajos de azúcar, botellas y biberones hasta arriba de bolitas de anís blancas y de colorines. Y muñecos de chocolate de todas las clases y de todos los tamaños: conejos, patos, gallos, pelotas de fútbol, figuras de los Reyes Magos y botellas de champán o de licor. Y además, paraguas: todo es de chocolate. Y, por si fuera poco, naranjas y limones con azúcar, envueltos en papel de celofán.

El cristal del escaparate que da a la calle, el que está colmado de cosas de chocolate para el *tió*, es emplomado y de colores tan vivos como los de la pastelería Puig de la rambla de Gerona. Pero también podría tratarse del de la pastelería Samsó de Palamós, porque al fondo del aparador hay algunos triángulos de merengue y crema de limón. Y a lo mejor no es Navidad, porque también está lleno de *panellets* de piñones, buñuelos de viento, roscones de Domingo de Ramos, monas de Pascua y huevos de chocolate.

Y un día, la pastelería Puig de Gerona y la pastelería Samsó de Palamós cerraron y no he vuelto a tener este sueño, pero, desde entonces, no puedo evitar pararme a mirar el escaparate de las pastelerías y sigo quedándome embobado cuando me las encuentro paseando por cualquier ciudad.

De aquella época en la que empecé a soñar que me pasaba la noche solo en una pastelería no tengo ningún otro recuerdo completo. Únicamente me quedan unos

---

mentado» durante los días anteriores a Nochebuena, «caga» turrón y otras golosinas para celebrar las fiestas.

cuantos retazos y algunas imágenes imprecisas. Sé que íbamos a las escolapias, que era un colegio de niñas y monjas que aceptaban a cinco o seis niños de buena familia porque pagaban y, en nuestro caso, porque el colegio, junto a la escalinata de la catedral, era el que más cerca estaba de la casa familiar de la plaza de Santa Llúcia de Gerona.

Sé que un día, en el patio más alto de las escolapias, donde está ahora el aparcamiento del Colegio de Arquitectos, hicimos un festival con trajes de payaso porque tengo una foto, pero no me acuerdo de nada. Mejor así, porque de lo que me acuerdo muy bien es de la vergüenza que pasé en otro festival, el día que representamos *Mambrú se fue a la guerra* en el teatro municipal y los papeles principales los representaban las niñas. Aquel día, yo llevaba la bandera que abría la comitiva y me pusieron unos leotardos, porque, por lo visto, en aquellos tiempos los abanderados llevaban esa clase de medias. A mí me daba vergüenza ir en leotardos; nos los había dejado una amiga de mi madre, Maria Panella, y eran de una de sus hijas, Maria Teresa, creo, que ahora es una doctora eminente de la que el doctor Castell, mi dermatólogo, me habla a menudo.

Creo que la portera era una monja muy risueña que me regalaba estampas del Sagrado Corazón y de la Virgen de Lourdes, y luego había otra monja, la que mandaba, que se llamaba *madre* Candelaria.

Eso es lo que recuerdo, y poco más: a lo mejor un mareo cuando subíamos por el collado de Toses, seguramente el mismo día que se me pusieron todos los nervios en el estómago al pasar el control fronterizo de Bourg-Madame cargados con unas tabletas larguísimas de chocolate francés o suizo, que todavía no se vendían a este lado de la frontera. Pero los guardias no

nos pararon porque íbamos en el coche del jefe de la aduana, que era el marido de mi madrina, Esperança de Pont. Solo la reconozco por una foto en la que me tiene en brazos y yo le toco una gargantilla de perlas porque todavía era pequeño cuando trasladaron al aduanero al puerto de Barcelona, y ya no volví a verla ni he sabido nada de ella.



# La muerte del abuelo Pepitu

Aparte de los sueños y de las imágenes confusas de mi poco lucido debut en el teatro municipal, el primer recuerdo que tengo de verdad, con el argumento completo, es la muerte de mi abuelo Pepitu. Todavía puedo revivir aquel 3 de abril de 1962 y reconstruirlo escena a escena, desde que Quim entró en el aula de preparatoria, en el instituto de Gerona, y el señor Echevarría me dijo que podía salir de clase. Enseguida comprendí que había pasado algo importante, porque nunca habían ido a buscarme antes de la hora de salida, y menos aún Quim, mi hermano mayor, el único que vivía en casa con nosotros, porque Pep, Nando, Jordi y Manel estaban internos en el colegio del Collell y no los avisaron hasta el día siguiente.

Por eso recuerdo perfectamente aquella mañana en que todos me miraban mientras salía de clase con Quim.

—Vamos —fue lo único que me dijo.

Bajamos las escaleras hacia la puerta principal del instituto y recorrimos en silencio la plaza de la catedral y el arco de Sobreportes. Y seguimos sin abrir la boca por la calle del Llop, entre los altísimos muros de Sant Feliu y las Capuchinas, hasta que de pronto se paró y dijo:

—El abuelo ha muerto.

Y se calló otra vez hasta que llegamos al recibidor de casa, al pie de una imagen de la Virgen de Montserrat, y las mujeres que estaban en la puerta de la habitación de los abuelos me dijeron:

—¿Quieres verlo?

Entré en el cuarto. Mi abuelo estaba tumbado en la cama. Mi madre y la baba Teresa, cada una en una silla, lo velaban y lo lloraban. Las dos me tocaron la cabeza y me revolvieron el pelo.

—Dale un beso a tu abuelo —me dijo la baba.

Le di un beso en la frente; estaba frío y tenía un brillo extraño. Después salí de allí corriendo, me escondí en el cuarto ropero, debajo de las escaleras que llevaban a las habitaciones, y lloré de rabia, porque todos lloraban, porque ya tenía siete años y entendía que había pasado algo muy malo. Al cabo de un rato bajé al jardín a jugar al fútbol, pero sin hacer mucho ruido para que los mayores no me riñeran.

El abuelo Pepitu era *de cuidado*. Procedía de las Ferreres, un caserón de la parte más alta del valle del Llémena, en la zona más agreste de Rocacorba. Pero no era nada pueblerino, al contrario, era uno de esos casos que se dan a veces entre los montañeses, parecía de ciudad, porque enseguida adoptó modales de señor y tenía una especie de don para caer simpático. En aquella época lo llamaban don de gentes. Es decir, que se llevaba bien tanto con los principales burgueses y propietarios de Gerona como con los obreros de «la fábrica», el almacén familiar de madera, que tenía la serrería en la iglesia de Sant Nicolau, o con el señor Schröder, el representante en Barcelona de la com-

pañía sueca a la que había empezado a comprar madera de calidad desde antes de la guerra. En casa siempre había libros y calendarios de las importadoras suecas de madera con fotos de montañas cubiertas de nieve, bosques de abetos, casas de madera con el tejado nevado y, a veces, troncos muy gruesos que bajaban por el río.

El abuelo Farreras no hablaba idiomas, pero conseguía que Schröder lo entendiera mediante un derroche de simpatía y convirtiendo la mesa de casa en el escenario de comidas memorables con la complicidad de la baba, que se desvivía porque el abuelo quedara bien. A menudo sentaba a sus amigos a su mesa: a Santiago Rodríguez, que era un escultor reconocido y un *cantamañanas* considerable; a Anastasio Barroso, un militar que llegó a secretario del capitán general y que recomendó a media Gerona en la mili; y, de vez en cuando, también a Anita Busquets, que cantaba ópera. Ejercía de anfitrión con la misma simpatía y el mismo encanto que desplegaba con los obreros de la fábrica, sobre todo con Mílio Massana —al que se llevaba siempre cuando iba a buscar setas, que la baba Teresa se encargaba de limpiar allí mismo, en el bosque— y con los pescadores con los que trataba en verano, primero en Port de la Selva y después, a partir del verano del 35, en La Fosca.

Allí estaba cuando estalló la guerra, y el don de gentes no le sirvió de nada. Intentó no enfrentarse a la FAI; al contrario, se adelantaba: cerraba la serrería cada vez que se convocaba una huelga y se llevaba a los obreros a los bosques de Estanyol o de los Àngels a buscar niscalos y tricolomas. Paco Oriol, que trabajaba en la fábrica y se había hecho de la policía secreta de la

República, le escribió una carta en la que daba fe de que lo había vigilado siempre muy de cerca y que nunca lo había visto en actividades antipatrióticas. Pero tampoco le sirvió de nada. Lo detuvieron tres veces y se salvó de milagro.